

Necesidad y Humanismo

FRANCISCO ALBERTOS CONSTAN
Madrid

*Es el hombre la única realidad que no consiste en ser,
sino que tiene que elegir su propio ser.*

J. Ortega y Gasset

*Yo, para vivir, necesito poco...,
y de ese poco muy poco.*

S. Francisco de Asís.

Se aprende a no necesitar necesitando.

El hombre es, constitutivamente, un ser indigente y necesitado. Nos dice la Biblia que fue arrebatado de una existencia feliz en el Paraíso y colocado en esa situación permanentemente precaria de ganar el pan con el sudor de su frente, sentir vergüenza, celos, desvalimiento, miedo, inseguridad, odio, rencor y muchas otras fruslerías que hacen de la existencia, como sabemos, un valle de lágrimas. Lo cierto es que nos pasamos la vida siendo víctimas de frustraciones, añorantes de una "necesaria paz", un "necesario amor", una "necesaria justicia", una "necesaria seguridad", una "necesaria salud", una "necesaria lealtad", una "necesaria armonía", etc., etc., que no llegan nunca de manera plena y satisfactoria y cuando lo hacen se esfuman inmediatamente de nuestras manos cuando ya parecíamos haberlas alcanzado, como aquel conejo listo que escapaba y se escondía cuando el galgo parecía tenerlo ya en su boca.

Y es que todos esos valores son los verdaderos puntos cardinales de nuestro espíritu: los tenemos siempre delante de nuestro horizonte pero, al parecer, sólo podemos aspirar a orientarnos con ellos, no a llegar a ellos plenamente como se llega, por ejemplo, a puerto; al igual que los puntos cardinales geográficos, sólo marcan una dirección: no son un destino fijado en el espacio al que podamos llegar definitivamente.

Desde esta radical insuficiencia constitutiva, pronto vemos la cara de la angustia; aprendemos a padecer frustraciones y carencias. Al venir al mundo (¿no será simbólicamente la Expulsión del Paraíso precisamente como el nacimiento?) somos absolutamente indefensos y necesitados; sentimos con dolor el frío del medio ambiente; cada dos o tres horas, el aguijón del hambre en nuestro estómago; cada pocos días o semanas, el dolor y sufrimiento de las enfermedades, la garganta, los oídos; enseguida, la eclosión de los dientes, etc. En los primeros años de vida, viene nuestro hermano menor de manera inesperada y nos desaloja de ese paraíso residual que es el regazo materno, nos despoja del cariño y atenciones exclusivas que hasta entonces nos había dispensado nuestra madre. Éramos los reyes de nuestro hogar, pero en el colegio todo se democratiza cruelmente; como en toda democracia, hay una aristocracia encubierta y es difícil que nos toque a nosotros el sistema de privilegios; oficialmente, todo hay que compartirlo, pero, de todas formas, ni aún en el mejor de los casos las cualidades personales —posición social de los padres, grado de cociente intelectual, destreza y fortaleza motora, belleza física, etc.— se distribuyen nunca de manera igualitaria: una parte de nuestros condiscípulos nos supera siempre en capacidad, habilidades, gracia y peso de su apellido para

conquistar a los profesores y obtener su aprecio, aprobación o indulgencia. Paralelamente al desarrollo de esta batalla, en nuestra casa suelen aparecer periódicamente unos personajes de nuestra misma edad y dudosa catalogación afectiva, que son los primos —competidores aventajados del cariño de los tíos y en algún caso de los abuelos—, así como los hijos de los amigos y vecinos de los padres (en conjunto, representan perfectamente esa figura de “mal menor” o incómodo tributo gratuito que con uno u otro argumento nos acompañará siempre a lo largo del vivir); no presagian nada bueno; son gente inevitablemente molesta; sacan siempre mejores notas y “se ve bien claro” su progreso meteórico en las mismas batallas en que nosotros apenas logramos la supervivencia; las matemáticas (o el dibujo, o la literatura, o el baloncesto) suelen ser su materia más fuerte; casi siempre han aprendido a leer con soltura y aprovechamiento años o meses antes que nosotros; son disciplinados y buenos alumnos; en casa siempre suele salir en la sobremesa el nombre de alguno de ellos como ejemplo de perfección, probidad, eficacia y aprovechamiento. Pero eso no es todo; en pocos años comprobaremos cómo la mayoría de jóvenes apetecibles del otro sexo residentes en la zona está ya acaparada por alguno de ellos y vivimos largos periodos con tímideces, con un cierto complejo de inferioridad y con la sensación de que respecto a ese asunto no conseguimos el menor éxito y en cambio los otros parecen tenerlo fácil.

A partir de ahí —de la adolescencia— las cosas empeoran: la vida, en el mejor de los casos, es una clara invitación a la acumulación y superación disciplinada de las contrariedades y una fuente permanente de frustración, si bien con la ventaja de que solemos aprender a posponer lo más duro de sus efectos y, en algunos casos afortunados, a disimularla bajo una apariencia de indiferencia o de madura fortaleza de carácter. En realidad sólo es posible el desenvolvimiento social gracias a una permanente inhibición de nuestros impulsos más espontáneos; triunfan, precisamente, aquellos

que aprenden a adaptarse y lograr la aprobación ajena más tempranamente y con mayor eficacia (ha dicho Freud que la civilización es una neurosis compartida). El carácter adulto es resultado casi siempre de una mezcla de lo que se fue de niño, de la resistencia a la adversidad (o entereza durante el temporal), el “cinismo como estilo de vida”, las responsabilidades asumidas (en permanente lucha psicológica por de hacernos de ellas) y un cierto y leve regusto al alcanzar algunos logros de la madurez que el paso del tiempo parece facilitarnos: lo sin necesidad de disputarlos encarnizadamente.

Sin embargo, a lo largo de nuestro vivir nada permanece intacto, igual a sí mismo, de una vez por todas y para siempre. En medio de este entramado de tensiones emocionales, luchas, ambiciones frustradas y una existencia al borde del abismo en todos sus principales aspectos, el hombre —todo hombre consciente y suficientemente adulto— sabe muy bien que nada es seguro: ni la prudencia, ni la buena educación, ni la puntualidad, ni el sentido común, ni la laboriosidad, ni el perfeccionismo, ni los almacenamientos de reservas, ni la intransigente disciplina... ni tan siquiera la posibilidad de que Dios, desde Su Altura, se ocupe de nuestras miserias. Es como si estuviéramos condenados a la inseguridad, como si al constituirse la criatura humana tras un misterioso proceso de millones de años hubiera alcanzado la sensibilidad necesaria —casi divina, creo yo— para captar sus carencias e imperfecciones pero estuviera privado de los recursos adecuados para afrontarlas, soslayarlas o superarlas. Como sucede al burro de noria con la zanahoria próxima a su nariz que nunca logra alcanzar, la insatisfacción permanente y su corolario obligado, la angustia, son nuestras más fieles acompañantes. Por esta razón, la salud, para el hombre, acaba siendo, entre otras cosas, resultado de una difícil habilidad para no crearse demasiadas necesidades y manejar sin demasiado estrés las tentaciones que ofrece la vida, al borde siempre de la insatisfacción.

Unos y otros, desde las más diferentes posiciones y por las causas más dispares, desembocamos en ese lugar tan temido, denunciado y manoseado intelectualmente que es la angustia, la sensación de que nos puede pasar algo no deseable o de que algo no va bien o puede no ir bien. En estas condiciones el tiempo se hace doloroso; ya no discurre en silencio y de puntillas como en la época dorada del Paraíso; los desajustes, contrariedades y disgustos hacen que la adrenalina se enseñoree de nuestra sangre de manera excesiva y tenaz hasta robarnos el sosiego. El espacio se estrecha, nos oprime y produce una cierta —y continua— nostalgia de huir, de cambiar de lugar, de buscarnos en algún otro refugio que intuímos menos opresivo. En el más afortunado de los casos, nuestra calma es tensa, dramática, llena de presagios no precisamente tranquilizadores.

Pero el caso es que, a fuerza de estar presente en toda circunstancia y ocasión, la angustia debe reconocerse como ingrediente obligado del existir. No hay vida humana sin angustia como no hay reloj sin relojero. El estrés es una moneda de cambio del hombre de hoy; ha sido denostado de todas las formas posibles y catalogado negativamente como fuente de enfermedades crónicas y bestia negra, responsable de nuestra infelicidad; pero lo cierto es que no se puede concebir nada verdaderamente humano sin estrés. Y siempre ha sido así. Desde los albores del Paleolítico y más allá, es imposible imaginar la conciencia humana en su despertar sin la presencia inequívoca de alguna clase de angustia que, en la práctica, es como el motor de arranque del humano despertar. Es un sentimiento más o menos próximo al miedo —una especie de hijo menor del mismo. Pero es mucho más frecuente, extenso y tenazmente arraigado en la vida humana. Prácticamente no se puede vivir sin angustia; más que hablar de su presencia o ausencia es más auténtico referirnos a su mayor o menor presencia en cada situación. El miedo no puede “encoger el estómago”, provocarnos temblores, palidez, sudores fríos,

taquicardia, boca seca, etc., pero de todo esto salimos con más o menos rapidez al recuperar la normalidad y distanciarnos de las causas que lo provocaron. La ansiedad, en cambio, no despierta taquicardias ni crisis asmáticas pero puede ser nuestro acompañante durante todo el día, durante meses y aún años; a veces, al despertarnos a media noche, constatamos con frecuencia que vuelve a aparecer como si hubiese esperado la ocasión durante las horas del sueño de volver a ocupar un lugar preeminente en el campo de la conciencia.

Pero no sólo está siempre ahí, sino que es necesaria. Es un avisador de que algo no va bien o de que algo puede no ir bien. Y como desde nuestra salida del vientre materno esa posibilidad está presente en nuestra existencia, mal podríamos enfrentar los peligros de caos y disolución sin ese estado de alerta permanente. Como básica señal de alerta que es no nos mueve directamente a obrar —por tanto, no nos priva de la libertad para elegir— pero tensa las cuerdas de la guitarra de nuestro espíritu y lo mantiene alerta, en permanente resonancia armónica con los cambios del medio. Se dice que en las playas de la antigua Grecia solía ovar un pájaro —el Alción— que se situaba sobre los huevos de su puesta apoyado sobre una pata y oteaba horas y horas el horizonte a la espera de algún animal peligroso. Si éste se presentaba, comenzaba a correr en todas direcciones para atraer sobre sí al depredador y alejarlo de los huevos en incubación. Podemos imaginarle habitualmente en esa calma tensa, en ese reposo vigilante en que transcurran los días de la incubación. Y tiene tal parecido con la auténtica vida humana en cualquier circunstancia, que los griegos establecieron el concepto de “ideal alciónico”, “ataraxía” o calma vigilante para definir eso que consideraban la actitud más saludable de nuestra existencia.

La angustia nos hace vivir la existencia como subidos a un balancín o cuerda floja que en cualquier momento puede precipitarnos al abismo. Avisa, es como un ajuste fino que sacude nuestra

conciencia y nos aproxima con más sutileza a las posibles consecuencias de nuestras acciones o de las acciones que se producen a nuestro alrededor. A priori no sabemos bien qué, pero algo puede suceder de impredecibles consecuencias en nuestro vivir. Hay personas que no se ven libres de este zumbido avisador en casi ningún instante de su vida consciente. En estas condiciones de presencia exagerada de la angustia, la vida se hace incómoda, el estrés aumenta y la salud puede peligrar. Nada se deteriora completamente en nuestro vivir, pero nada se realiza con sosiego, con tranquilidad y satisfacción. No duele de manera dramática, desgarradora o insostenible, pero ahuyenta nuestro bienestar. Es como una presión del zapato que no llega a motivarnos para volver a casa y cambiarlo, pero nos perturba, impide sentirnos a gusto y cuando al llegar a casa, por fin, nos libramos de la opresión, comprendemos que nuestra irritabilidad y mal humor tenían ese origen.

Nuestros periodos de descanso y recuperación, nuestras vacaciones, son siempre, en cierto modo, un intento de huida de nuestra angustia cotidiana. Se intenta alejarla o combatirla de uno u otro modo, pero no es adecuado pensar que sea bueno liberarnos de ella mediante, por ejemplo, una intoxicación con drogas o psicofármacos ansiolíticos, un abuso de la velocidad en coche o motocicleta, una intoxicación etílica, una juerga más o menos salvaje o una permanente zambullida en el trabajo y los negocios. Estas son todas ellas modalidades de alienación —química, física o moral— que en el mejor caso aplazan pero no suprimen, el problema. Probablemente, una de las fuentes más constantes e inequívocas de la angustia sea la responsabilidad, la cual, lógicamente, no se puede ocultar en el armario cada vez que nos convenga. Elevada a la categoría de sentimiento, es como el ruido de fondo del complejo y misterioso motor de la existencia. La responsabilidad nos lleva al límite mismo de nuestra libertad. Un momento antes de actuar —es decir, de comprometernos definitivamente con la acción— el peso de

la decisión se traduce en una ansiedad responsable. Nadie puede librarnos de eso: ese es el precio de nuestra libertad. Estamos condenados a ser libres —es decir, a elegir—, tanto si trabajamos como si descansamos, si estamos tristes o contentos, si lo queremos como si no. Y nuestra libertad, agotados como es debido los cauces de la necesidad, genera responsabilidad, es decir, angustia. Lo vemos siempre a lo largo y ancho de la vida de un hombre, como del desarrollo histórico de las civilizaciones. Y, lógicamente, en cada época histórica vemos también movimientos de escape, por ejemplo, modas sociales que en el fondo intentan escapar a la angustia, con lo que, si lo consiguen parcialmente, de manera inevitable caen en la irresponsabilidad. Son los outsiders, los movimientos contraculturales de todas las épocas, hippys, drogadicción, alcoholismo, anomia, marginación de todo tipo y clase. Pero el que en cualquier momento de nuestra existencia duela el vivir y el que algunos lo encuentren más o menos insostenible no invalida el profundo y positivo significado de la angustia como motor de la conciencia, del espíritu y, en definitiva, de la civilización.

Ya lo hemos reiterado: somos exiliados del Paraíso, es decir, de esa conformidad ingenua con la naturaleza que es, por ejemplo, la vida animal. O lo que es lo mismo: estamos condenados a elegir desde nuestra conciencia, desde nuestra responsabilidad, estamos obligados a ser libres. Nadie puede obligarnos, por ejemplo, a portarnos de una manera contraria a los dictados de nuestra conciencia, y nuestro corazón. El verdugo puede cortarnos la cabeza, pero no disipar la sonrisa de nuestro rostro. Las circunstancias de nuestra vida nos llevan continuamente a tomar decisiones, a elegir entre uno u otro camino, a ejercer, en suma, nuestra posible libertad, la cual es siempre consecuencia de nuestra historia personal, de los hechos de nuestra vida, de nuestras emociones sentimientos y sensibilidad, es decir, de nuestra responsabilidad. Y como las consecuencias de nuestras decisiones no son nunca claramente previsibles, nues-

tro ángel guardián sube un poquito la tasa de adrenalina en nuestro interior y aparece un grado mayor o menor, más o menos gratuito o excesivo, de ansiedad.

Por eso, al pensar al hombre no tenemos más remedio que, entre otros muchos caracteres, verle como un ser atrapado en la angustia. Su sentido moral se alimenta de un mandato absoluto: su total responsabilidad en el vivir. Aunque no somos dioses, frente a la existencia sí lo somos. Nos pasamos la vida como marionetas azoradas en pos de valores absolutos como la Belleza, la Libertad, la Justicia, el Bien, la Armonía, el Saber. Como ya hemos reiterado más arriba, todos tienen su valor en el espíritu, todos nos motivan y conmueven, pero hay uno insoslayable, siempre presente, que —reitero— es la responsabilidad, la vinculación moral que cada individuo mantiene consigo mismo y con el mundo. Y es precisamente este vínculo el que genera una carga —mayor o menor, pero siempre presente— de angustia. Cuando amo, cuando cuido a los demás, cuando pienso, cuando disfruto, cuando compro, cuando vendo, etc., estoy atrapado en mi propia historia, en mi sensibilidad, es decir, en mi responsabilidad. La clave saludable no es tanto huir de la angustia, sofoarla —dilatar el tiempo hasta hacerlo imperceptible y dilatar el espacio hasta hacerlo desaparecer como se logra con ciertos psicodélicos—, sino dosificar nuestro grado de vigilancia, de conciencia lúcida responsable.

Claro está: la angustia tiene irrisaciones, matices que corresponden a todas y cada una de las personas, a todas y cada una de las situaciones en que esas personas se ven o pueden verse en la vida. Ya lo hemos dicho: nos acompaña en todas las circunstancias de nuestro vivir. Puede decirse que la civilización —toda civilización— se construye desde la angustia, se mantiene en la angustia y se proyecta con una mezcla de ese sentimiento. Mirada la cultura desde una perspectiva de milenios —tal como hace, por ejemplo, un paleontólogo, un antropólogo o un historiador— la existencia del hombre, de cada hombre en su época, se

nos presenta como sin matices, como una acumulación de puros hechos mecánicamente asumidos desde la necesidad de los protagonistas. Por ejemplo, nos hablan del hombre de Cromagnon como si “no tuviera más remedio” que aprender a manejar el fuego, algunos cuencos, instrumentos y herramientas, algunas técnicas para pintar figuras en las cuevas, etc. Tal rey, como nos cuentan sus historiadores, parece que “no tenía más remedio” que liderar a su pueblo y guerrear contra el amenazante pueblo vecino. Tal conquistador, desde esa lógica ingenua, “no tenía más remedio” que vencer a los pueblos que iba encontrando a su paso. Y así sucesivamente, se nos presenta el desenvolvimiento de la Historia como en los tebeos infantiles, sin apenas matices, complicaciones motivacionales, escrúpulos o indecisiones de carácter existencial. Pero a poco que conozcamos al hombre sabemos que, irremediablemente, la angustia estaba ahí: seguro que en cada decisión, en cada periodo aparentemente libre de grandes resoluciones, en cada elección, hubo sufrimiento moral, dudas y desgarramiento. Hay que abandonar el mecanicismo ingenuo para interpretar al hombre y los pueblos en su evolución, para entenderlos siempre como procesos en movimiento y cambio permanente más que como entes “objetivos”, esencialmente iguales a sí mismos que estuvieron ahí y actuaron de aquel modo porque no podía ser de otra manera. En todos los supuestos del existir, la angustia —es decir, el obligado ruido de fondo del auténtico ejercicio de la libertad desde la responsabilidad— con su constante presencia en todo lo humano se convierte en testimonio de la necesidad de elección y suprime ese mecanicismo ingenuo con que la mayoría de historiadores nos cuentan las cosas que sucedieron. Todo pudo pasar de manera diferente, se pudieron elegir otros rumbos, otros derroteros ante los mismos objetivos y los mismos retos. Acertaron unos, pero se pudieron equivocar; pudieron acertar otros o, al contrario, erraron todos, etc., etc.

No hay recetas ni listas formales o protocolos para ser hombre, para exis-

tir, sencillamente porque en cada instante nos suceden cosas y somos resultado de un misterioso y complejísimo flujo de infinitos factores. La vieja y nostálgica idea del alma del hombre en el Paraíso como fórmula de la felicidad es errónea y pueril, porque, entre otras cosas, presupone que el alma es una sustancia fija e igual a sí misma, como *la cosa en sí* kantiana. Al hombre, para que lo sea realmente, para que en cada instante de su vida y desenvolvimiento sea más o menos feliz, más o menos desgraciado, hay que sacarle del Paraíso: allí no tendrá nada que hacer. Ser quiere decir naufragar en medio de una angustia permanente. Puedo repasar y entender todas y cada una de las jugadas y movimientos de balón en un partido, pero ni por un instante se me ocurre pensar que todo fue necesario, que las cosas no podrían haber sido de otra manera. Precisamente, en esta aleatoriedad reside el mayor atractivo del deporte y lo apasionante, en fin, de la vida. De pronto, en el instante mismo de dejar el Paraíso a nuestra espalda, caemos en la cuenta de que nada hay seguro a nuestro alrededor, de que nada por lo que aspiramos o espontáneamente reclamamos como bien deseable (Vida, Bondad, Justicia, Belleza, Lealtad, etc.) nos es permanente —“todo cambia, nada es”, dijo el gran Heráclito. Desde lo más recóndito de nuestro corazón buscamos siempre el Paraíso, pero de nada nos sirve esa nostalgia de vida sin angustia. Y cada cosa que hacemos, cada decisión que tomamos, está impregnada, al menos, de esa inquietud por desechar la nostalgia de aquellos caminos a los que renunciamos y que estaban ahí como posibilidad, como telón de fondo. La inseguridad es la argamasa, la aguamadre de la que han surgido, como cristalizaciones, como joyas aparentemente únicas y distintas, nuestras afinidades y preferencias sentimentales, nuestros complejos psicoafectivos, nuestras intenciones e intuiciones, en cada una de las cuales está —o se anuncia— el mundo.

Claro está que para vivir es inevitable cambiar. La incorporación de todas estas experiencias de carácter sentimen-

tal e intelectual modelan nuestras respuestas cotidianas, igual que el software de un ordenador. El valor que otorgamos a los diferentes componentes de nuestro vivir, como la manera de enfrentar los avatares cotidianos, depende muy estrechamente de la cantidad de ansiedad que ha sido testigo de cada incorporación, de cada experiencia. Por ejemplo, surgen discordias, desencuentros familiares que recuerdan otras vividas en nuestra infancia, protagonizadas entonces por nuestros mayores. Con frecuencia llegamos a caer en situaciones depresivas o en disgustos enormes a causa de la excesiva importancia que otorgamos a ciertas cosas —y, recíprocamente, a la escasa importancia que otorgamos a otras. Como estamos familiarizados con esta clase de exageraciones, para nosotros no lo son tanto, puesto que “entendemos” su origen, su lógica mental y emocional, su “importancia”, dentro de la historia de nuestra experiencia familiar. Pero para un observador imparcial no hay posibilidad de vivir estos maximalismos con aprobatoria naturalidad, puesto que carece de los recuerdos históricos necesarios y de la ideología garante del valor que tienen esas situaciones para dichas personas. “Las cosas valen lo que se da por ellas”, dicen los viejos vendedores. Esta lógica borrosa acerca del valor de las cosas, los bienes y las fincas es también aplicable al mundo de los valores del espíritu. Vemos por todas partes magnificar problemas domésticos y personales hasta sobrepasar ampliamente los límites de lo saludable y lo aceptamos con naturalidad porque sabemos que todos podemos ser víctimas de sentimientos exagerados o equivocados. Hasta hoy no hubo ningún sociólogo, moralista, humanista, filósofo o pensador que haya intentado explicar este continuo fracaso de nuestra razón cuando enfrentamos las contradicciones y excesos de lo cotidiano. Hasta el corazón de un pacifista se pone en guerra fácilmente sin que nadie sea capaz de explicarlo de manera racional.

Es necesario prestar atención a una necesidad siempre presente en nuestra conducta vigil, que es el hermano eterno

de la ansiedad: la necesidad de seguridad. Allí donde hay un sentimiento de ansiedad hay siempre, más o menos oculta bajo sus ropajes, la necesidad de seguridad. La inseguridad es el caldo de cultivo del miedo y también de esa protoforma o expresión incipiente del miedo que es la angustia. Pero atención: posemos nuestra mirada por un momento en la agresividad y veremos cómo se alimenta de la inseguridad y de cualquier manifestación—grande o chica—del miedo. Esas guerras tribales, o aquellas otras más frecuentes en el interior de nuestros hogares o en los patios de los colegios están siempre alimentadas por el miedo de los contentidos a perder alguno de sus bienes o parte de su territorio—ya sea en los terrenos económico, sentimental, intelectual, social, etc. Es una tentación reiterar aquí nuevamente el mito del destierro del Paraíso y el miedo de las gentes a perder aquella ancestral seguridad. No sólo quieren contar con la benevolencia de amigos, guardias de tráfico, profesores, médicos, abogados o árbitros deportivos, sino la del mismo Dios (a cambio, quizá, en este caso, de una asistencia constante y devota a los oficios y las oraciones, y alguna que otra limosna al salir del templo).

Por eso es tan difícil valorar en profundidad el origen de las actitudes de la gente. Ni siquiera me vale el manejo oportunista de las situaciones. Es preciso hacer un ejercicio prácticamente imposible cual es el de mantenerse lo más lejos posible de la propia—e inevitable—subjetividad. Las cosas se nos presentan subidas siempre al carro de una situación y, naturalmente, su valoración será siempre resultado de ese complejo fluir de circunstancias e intereses. Hemos conocido personas muy valiosas, capaces de grandes rendimientos en trabajos difíciles, que nunca fueron apreciadas y reconocidas adecuadamente. Estudiantes muy brillantes que se eclipsaron a la hora de ejercer el compromiso—siempre más complejo que el éxito en los estudios—de su profesión. Y futbolistas y toreros de gran talento que no llegaron nunca a primera división. Y escritores, artistas, músicos, pensados

res y maestros de tantas cosas que murieron en el olvido y sólo mucho tiempo después algunas minorías comenzaron a reconocer el mérito de alguno de ellos. También hemos conocido el caso de enamorados secretos, atentos a favorecer y facilitar la existencia de la amada o amado en la vida, en la calle, en la lucha, sin que esa generosidad se siguiera de correspondencia alguna. Y padres amatísimos que ven, ya en el tramo final de sus vidas, cómo el patrimonio cultural, moral, social, económico, religioso, etc., ilusionada y tenazmente conservado y acrecentado por ellos, cae de pronto en manos de personas extrañas, oportunistas, seguramente hábiles y ambiciosas, que han sido capaces de conquistar a alguno de sus hijos, sin otro mérito aparente que esa habilidad donjuanesca. Y profesionales de carreras brillantes, meteóricas, cuyos maestros y compañeros de estudios, estupefactos ante esos éxitos, no acaban de comprender los auténticos mecanismos de ese ascenso al estrellato. Nadie sabe bien por qué ciertas personas no especialmente dotadas llegan a senadores, ministros, magistrados o jefes de fila de algo. En el Ejército y en la Iglesia suele ser más sencillo explicar o interpretar las razones de estos éxitos sorprendentes o, como dice Berthold Brecht, ese "Irresistible ascenso de Arturo Huf". Y sensu contrario, nadie sabe bien cómo en nuestros días Argentina y otros países ricos en materias primas cuentan entre los más pobres de la Tierra. O por qué un sencillo despeje desde la defensa fue errado por aquél mitológico defensa central de la mejor selección de todos los tiempos y cedió el título de campeón a un equipo mediocre, apegado al racaneo y juego sucio y a toda clase de tácticas destructivas. Ni por qué se presentó un mariscal de Napoleón al mando de un cuerpo de ejército veinticuatro horas después de iniciada la batalla, rompiendo así toda la estrategia del genio de la guerra en Waterloo. Ni por qué nos enamoramos, o nos equivocamos, o nos caemos, o tenemos accidentes imprevistos, o ponemos en peligro tontamente alguna de nuestras cosas más valiosas.

Creemos que existe una realidad exterior a nosotros, fija e inmutable, a la que llamamos «realidad objetiva». Pero para nosotros no hay tal cosa fija e inmutable, fuera de toda subjetividad. Como dice Kavafis (el poeta griego), "No hay tierras nuevas, amigo mío (...), porque tu ciudad te seguirá siempre. En las mismas calles vagarás interminablemente, en los mismos suburbios caerás de la juventud a la vejez y en la misma casa encanecerás. Tu ciudad es tu prisión. No existe barco que te aleje de ti mismo". La existencia de la "realidad objetiva" es hipotética siempre, desde el punto y hora en que, en cada acto de percepción, nosotros acomodamos el mundo a nuestro propio aparato perceptivo y cada captación de lo exterior a nosotros es una *selección*, más o menos deformada por nuestros sistemas lógicos y perceptivos. Vemos lo que nos conviene y como nos conviene. Ni el observador es neutral, ni lo observado permanece fijo a invariable ante la observación.

En realidad, cada partícula contiene y refleja el mundo. Cada ser vivo es un resumen más o menos imperfecto del universo. Desde nuestra perspectiva, el hombre y la cultura son la expresión más aproximada del universo. Cuando pensamos nos aproximamos más y más a la realidad mundo y cada nueva época histórica esa aproximación resulta más íntima. Tomando el lenguaje de las matemáticas, podría imaginarse una aproximación asintótica Yo - Mundo en que, allá en los confines del horizonte del futuro, se confundiera el espíritu con el mundo, la conciencia con el universo. La conciencia yoica sería una realidad virtual, algo así como el destierro del hombre fuera del Paraíso. La vida -como nos enseñó el maestro Ortega- un exilio, un puro naufragio en que constantemente se afrontan necesidades aparentemente "innecesarias". Existir, una broma pesada en que se nos condena a ser libres, diosillos sin recursos, criaturas capaces de identificarse con proyectos, con objetivos pero carentes de medios para conseguirlos -por tanto, condenados a sufrir. Somos seres indigentes e inconformistas.

Y en esa hora de la verdad que es la hora de totalizar, de hacer de dioses "de verdad" y tomarnos nuestra conducta y objetivos como algo trascendente, como algo por lo que vivir y morir, nos queda entre las manos un único recurso, una única razón existencial: defender a toda costa aquello que se nos presenta éticamente como nuestra más profunda verdad, no importa que desde la técnica filosófica sospechemos o podamos sospechar que "esa nuestra más profunda verdad" podría no ser más que un error de nuestros sentidos o de nuestro sistema cognoscente.

Si no es posible el realismo aristotélico ni el determinismo, si todo es resultado de un equilibrio en constante movimiento cambiante ¿vamos a caer en la opuesta situación de que todos los gatos son pardos? ¿Es puro azar e indeterminación la existencia? ¿O es que toda indeterminación es una falacia, resultado de nuestra ignorancia o de nuestra debilidad moral? ¿Tal vez pretendemos con nuestra imaginación abarcar mucho más de lo que en realidad puede abarcarse? ¿Hasta donde llega, en definitiva, el límite de nuestra seguridad?

Es difícil contestar, porque para entender la Necesidad es preciso conocer la situación completa con fecha, hora y lugar. Parece evidente de todos modos que en casi todas las situaciones de nuestra vida la necesidad se nos escapa, resulta poco menos que impenetrable a los ojos de la razón o el sentido común y por tanto hace problemática o ansiógena la necesaria libertad o responsabilidad en la elección. *El secreto, al parecer, está* en saber contener la subjetividad, los deseos espontáneos -generalmente ingenuos, infantiles o egófstas- y hasta donde sea posible la ideología personal. La gente que sale mejor librada en todo este caos, en toda esta aparente azarosidad del vivir, es la que capta con mayor claridad y rapidez la situación en que se nos presentan los problemas y, por tanto, su verdadero significado, su verdadero valor actual -o lo que es lo mismo, real. Si, por ejemplo, hablamos de ventas de objetos, el mejor vendedor sería,

seguramente, el que fuese capaz de entender cada situación y de atenerse a aquella máxima de los viejos vendedores ("las cosas valen lo que se da por ellas") y mostrarse dispuesto a bajar el precio todo lo necesario en función de la situación concreta determinante, aprestándose, quizá, a sacar posteriormente mucho mejor partido al producto de esa venta al disponerlo de la manera más favorable en su específico mercado. Todo menos permanecer como hipnotizados por nuestros "propios" precios, ignorando las circunstancias y a la espera de que alguien —no se sabe bien quién, cuando ni cómo— reconozca el valor que nosotros habíamos asignado a la cosa. La filosofía, aquí, vuelve a aparecer oportunista (aquél adagio de "más vale pájaro en mano"...). Y es que la vida, por ser un flujo incesante de situaciones cambiantes, invita al oportunismo. La naturaleza "es" oportunista. Es una locura o una ingenuidad pretender que pare ese flujo (es lo mismo que, como sugeríamos más arriba, pretender que exista "la sustancia aristotélica").

Pero la situación más claramente generadora de ansiedad es aquella en que hemos perdido algo importante o a nosotros nos lo parece. Por ejemplo, la pérdida de un ser querido, un amor, una amistad, un patrimonio. A partir de ahí nos dejamos invadir por sentimientos de frustración, ansiedad, por un negativismo incluso místico (como si nosotros fuésemos tan importantes que nuestras posibles pérdidas debieran hacer conmover al conjunto del Universo). Pero ninguna adquisición es firme. La única respuesta saludable que nos corresponde es seguir el flujo del vivir, aceptar la situación con la naturalidad del jabalí cuando ataca o es atacado, con la sencilla humildad que corresponde a nuestro esencial desvalimiento —tantas veces comprobado— y acatar el mandato bíblico de asumir la existencia como un valle de lágrimas. Se dice por ahí —en ambientes especialmente marginados, violentos, deshumanizantes— que "gana el que más resiste", pero esta expresión es engañosa y, en todo caso idealista. La mayoría de los que ganan y de los que más resisten suelen estar espí-

ritualmente muertos. En todo caso, la vida, para ellos, no va más allá de los elementales mecanismos de supervivencia en la calle, en el mundo de los negocios, en una cancha deportiva o en un patio de colegio.

Para hablar de estas cosas con profundidad e inteligencia hay que asumir primero humildemente su enorme complejidad y renunciar, por tanto, a todo reduccionismo. Ya he dicho antes que nos pasamos la vida buscando orientación, es decir, seguridad (no hay que olvidar que somos náufragos irredentos) y por eso convertimos los grandes valores (la Belleza, el Bien, la Justicia, la Lealtad, el Saber, etc.) en verdaderos puntos cardinales de nuestro vivir, a sabiendas de que —como en la orientación geográfica— no alcanzaremos nunca ninguno de ellos de manera absoluta o plenamente satisfactoria. A todo esto le llamamos existir. No veo yo aquí la cercanía de aquellos que sólo viven para ganar o para resistir y que —supongo— no podrán soportar incómodos la pérdida de un ser querido, un patrimonio o un partido de la final de un campeonato. Hay, sí, atajos, soluciones aparentemente sencillas o simplificadoras, como se hace en el marketing, en la medicina politizada administrativizada y economistizada de la Seguridad Social. Pero, por su falacia esencial —lo primario no es satisfacer la Necesidad real e insoslayable de cada hombre, sino utilizar esa necesidad para "venderle" lo que al vendedor conviene y como quiere vendérselo, además—, no pueden solucionar del todo los problemas que plantea nuestra realización personal. Nunca se gana lo suficiente, ni se resiste lo suficiente, ni se almacena lo suficiente. Estamos condenados a la responsabilidad desde la libertad, es decir, a la inseguridad, al sufrimiento, a la angustia.

A los nostálgicos hay que decirles que, efectivamente, las cosas no son ni serán nunca "como eran" o como nosotros recordamos de nuestro corazón de niños. La corriente del río del vivir no sólo transporta nuestras partículas espirituales —sentimientos, ideas, sueños— a una determinada y ordenada velocidad

(como piensan los físicos newtonianos que se transportan las moléculas de agua un río), sino que las cambia incesante e imprevisiblemente en su posición relativa y en sus contenidos; es decir: cambia su modo de ser. La ignorancia de esta primera ley del existir que ya nos propuso Heráclito ("Todo cambia, nada es"), no sólo nos conduce al error, sino que nos hace vivir en la ilusión de que todo permanece inmóvil y de que podemos y debemos esperar de, por ejemplo, las generaciones más jóvenes, conductas comparables a las nuestras de juventud. Este inmovilismo nos convierte en criaturas caprichosas, peligrosamente ingenuas, como lo es, por ejemplo, un mono con siete pistolas.

¿Estoy diciendo que no tenemos nada que no hay nada inamovible, que

todo es efímero y fútil y que, por tanto, no hay nada que conservar?... ¿Que no somos nada? No exactamente. Lo que pretendo sugerir es que aquello que somos es impermanente y, sin embargo, reclama de nosotros nuestra más sensible y afinada capacidad de elección (es decir, de libertad desde la necesidad asumida), nuestro más profundo tutelaje moral, es decir, nuestra angustia. No es el camino del cinismo el que arregla nuestras frustraciones, sino el sufrimiento en proporciones equivalentes al amor. Sólo porque yo he tenido una gran desgracia o una gran contrariedad no puedo negar el amor y la sonrisa a mis nietos, a mis hijos, a mis abuelos, a mis amigos o a mi perro. Tristeza sí, pero siempre desde el amor a nuestros seres próximos, al resto de la humanidad, al mundo. Absurdo..., ¿no?